

na gente y muy rica! ¡Esos no tienen necesidad de poner achicorias en el café! ¡Buenas noches, negro!

—Buenas noches, señora Joseph.

Yago se marchó alegre, casi orgulloso. Había cumplido su misión satisfactoriamente.

Esta coincidencia agradaría á su ama, que debía tener sus miras particulares. No sabía cuáles, no se preocupaba en averiguarlas; pero, fuesen cuales fueren, le obedecía ciegamente.

Se puso debajo de un mechero de gas y escribió para no olvidarlo:

Calle Veneau, 86.

Andrés Josselin.

Cajero en casa del señor Bouret.

Y con paso ligero fué á meterse en su cama, en el quinto piso, debajo del tejado, en el magnífico hotel de sus amos, en donde se durmió con el sueño de los justos después de un día bien empleado.

IX

LA CARTA

GERMANA entró en su habitación. La portera le había entregado una carta, llegada en el último correo dos horas antes que la muchacha.

Germana había mirado el sobre y no reconocía la letra.

¿De dónde vendría aquel billete? Tenía pocas relaciones, y éstas escribían rara vez. La colocó sobre la chimenea, no atreviéndose apenas á tocarla, como si adivinase en su contenido alguna desgracia.

Después de encender una lámpara, cuya luz atenuaba una pantalla de encaje crudo, se desnudó sin darse prisa.

El cuarto de Germana estaba en el cuarto piso de una casa antigua, cuya construcción debía remontarse á los días de la Fronda, en los tiempos del cardenal Mazarino.

En aquella época construían bien.

La escalera de piedra, cuyos peldaños estaban gastados en el centro por el uso centenario, era de tales proporciones, que se hubieran podido hacer habitaciones en los descansillos.

Los pisos tenían, por lo menos, quince pies de elevación; y si bajaban en el tercero, era con dignidad y sin perder diez y ocho pulgadas de su altura.

Por la puerta del cuarto de Germana hubiera podido pasar cualquier matrona del siglo XIV con el más descomunal tocado de los que llevaban las damas de entonces, sin tener que inclinarse.

La madera de la puerta era de roble macizo y de un espesor capaz de resistir á los ultrajes del tiempo y á las acometidas de la polilla que atacaban las construcciones de carpintería ligera.

La casa se componía de dos piezas: el cuarto de dormir y un espacioso gabinete-tocador, donde se hubiese podido alojar una familia.

Todo estaba amueblado con sencillez: una cama

baja con un pabellón de cretona rosa pálido sobre fondo gris; la tela era bastante tosca, pero un amigo—de la sección de tapicería—se había excedido y lo había colgado artísticamente. Una ó dos butacas iguales y algunas sillas tapizadas; una mesa de nogal, con las patas de forma salomónica, para escribir; un armario de espejo de madera igual á la cama, era todo el mobiliario, juntamente con un pequeño escritorio práctico y cómodo para su uso.

En las paredes había tres fotograbados: *El matrimonio de razón*, de Loustannau; *Frailes jugando á la gallina ciega*, de Frappa, y un retrato del señor Bouret, el patrón.

Germana se había proporcionado este mobiliario sencillo, pero elegante, con sus ahorros, el primer año en que ascendiera al grado de segunda, tan pronto como obtuvo permiso para vivir sola por haber alcanzado la mayor edad.

Había gastado unos tres mil francos, y este gasto le proporcionaba un manantial de alegrías cotidianas. Se encantaba en su habitación tan alegre.

Dicha vivienda representaba su primer bienestar, su primera hora de libertad desde que naciera, su primer lujo, su primera riqueza.

Allí era ella dueña é independiente, y se creía tan rica como una burguesa.

Y así era en efecto; ocho mil francos por año, eran una fortuna con que ella no había soñado.

El gabinete, inmediato al cuarto de dormir, revelaba sus instintos de mujer de gustos refinados.

Un inmenso tocador de mármol blanco con llaves de metal y una enorme jofaina de porcelana con sus iniciales adornaba el testero principal.

Estaba lleno de frascos de formas variadas. Los había azules, rosa, blancos.

En un armario, tan grande como una alcoba, estaban colgados sus trajes. La ropa blanca la guardaba en una gran cómoda.

Una alfombra cubría el suelo, y las cortinas adornaban la única ventana.

Por seiscientos francos de alquiler, disfrutaba Germana de aquellas magnificencias. Se sentía verdaderamente dichosa en esta habitación coqueta, en donde su tranquilidad era completa, antes de las obsesiones de Josselin.

En el inventario de los muebles, habíamos omitido una pequeña biblioteca de palo rosa, donde se veían esparcidas por los estantes varias novelas, y en los que aún quedaba sitio para poder colocar otras.

Feuillet ocupaba, al parecer, el sitio de honor con Jules Sandeau. Se veían también *La Pequeña Fadette*, los *Cuentos de Bretaña*, de Paul Féval, comedias de Augier, de Sardou y Topffer, y otros, clásicos en su mayoría.

La muchacha estaba encantadora con un peinador azul, adornado con encajes grises. Iba de un mueble á otro, contemplándolos con la satisfacción de un propietario novel que recorre sus nuevos dominios. Diez veces se acercó á la ventana y levantó las cortinas para mirar á la calle.

Quizá esperaba ver todavía, paseando por la acera, al pretendiente que casi se arrepentía de haber despreciado.

Las mujeres, verdaderamente dignas de ese nombre, se hallan siempre dispuestas á compadecer al hombre que las quiere con sinceridad, aun cuando no les guste.

Por fin fué hacia la carta colocada sobre la chimenea, en donde faltaba un reloj, regalo que pensaba hacerse más adelante, y cuyo sitio ocupaba un despertador.

Aquella carta le daba miedo. Se parecía á Cleopatra recibiendo al esclavo que le traía el áspid. También la hermosa reina debió mirar varias veces el reptil antes de aproximarle el brazo.

La letra de la dirección era larga y fina, enérgica, y estaba rápidamente trazada. Era una letra grande inglesa, falsa como la de una mujer.

No había duda; era su nombre el escrito con gran limpieza en el sobre: en éste se leía:

SEÑORITA GERMANA BERANGER

37, calle de la Sourdière.

PARÍS.

De pronto un rayo de luz brotó en su mente. El timbre llevaba esta indicación: *Chantilly*. Era el duque de Rochebonne el que la escribía.

Entonces se metió en la cama, se apoyó cómodamente sobre sus almohadas, rompió el sobre y leyó lo que sigue:

«Señorita:

La he dejado muy pronto. Desde hace dos días no hago más que pensar en usted. La casualidad, que nos ha reunido esta mañana, me parece una advertencia de lo que los antiguos llamaban el destino y los excéntricos la casualidad».

Germana se detuvo.

Sobre el papel, en el encabezamiento estaba



... se apoyó cómodamente sobre las almohadas, rompió el sobre y leyó.

representado, al agua fuerte, el pabellón de Condé, á la orilla del agua. La carta estaba escrita en el castillo de Chantilly, en donde ella había visto al duque por la mañana.

Continuó su lectura con el corazón oprimido, sin mirar la firma. ¿Para qué?

«No la diré nada de nuevo al decirle que estoy casado y que no he encontrado la felicidad en una de esas uniones de conveniencia en donde se unen los apellidos sin contar con los sentimientos sobre los cuales se funda la felicidad de los amantes.

Tengo una gran fortuna y me felicito de ello, puesto que me hace independiente y dueño de mis acciones. Nunca como ahora debo de dar gracias á la casualidad por ello, pues me permitirá arreglar una vida según mis gustos y hacer por usted lo que la suerte ó la Providencia no han querido hacer.

¿Tendré necesidad de revelarle la impresión repentina y profunda que ha producido en mí?

¡No, no es preciso!

Me ha adivinado desde el momento en que mis ojos se encontraron con los suyos.

Nunca me ha parecido nada tan perfecto como usted.

No hay mujer en el mundo que no la envidie el encanto que emana de usted.

Mi alma va hacia la suya sin esfuerzo, y que lo quiera ó no, están indisolublemente unidas.

Mi espíritu se subleva al pensar que usted, el modelo de elegancia más completo, gasta su hermosura, fatiga su debilidad en condiciones que la hacen inferior á una turba de mujeres indignas de tocarla con la punta del dedo y la somete á las exigencias de hombres de los cuales estoy forzosamente celoso, puesto que se pueden acercar, verla á todas horas, y á los que está usted obligada á obedecer.

Perdóneme esta comparación: no se emplea un

caballo de pura sangre en el trabajo como un perchero ó un boloñés.

Está usted fuera de su sitio, en ese medio que la ofende.

Esta mañana, al divisarla, se apoderó de mí una alegría divina. He pasado á su lado la hora más encantadora de mi vida.

Quizá me crea usted muy feliz. Es la opinión de las gentes; pero se equivocan.

Mi primera felicidad me la proporcionará usted, si me escucha.

Si lo digo, no es por un estúpido orgullo.

Pero el amor llama al amor cuando son dos seres jóvenes y de la misma naturaleza los que lo experimentan.

Escúcheme, pues, Germana, y piense que soy sincero y verdadero.

¿Por qué la engañaría? ¿Por la satisfacción de un capricho? ¿Por una fantasía culpable que me llevaría á trastornar su tranquilidad, que casi es el único bien de que disfruta?

Si así fuese, me tendría por el más odioso de los hombres.

Lo que la ofrezco no es una parte de mí mismo, una de esas fiestas efímeras que buscan los ociosos y desocupados; sería conocerla mal, y la he juzgado de otra manera.

Soy yo; es mi amor para toda la vida; lo que tengo de alma, de afecto y de fuerza para querer.

¡Piense en esto, Germana, y vea qué existencia más encantadora tendríamos!

Escondidos de las miradas del mundo si lo desea, en apariencia indiferentes el uno per el otro delante de la multitud que la envidiaría por su elegancia y su lujo, disfrutaremos de una felicidad sin límites y de una dicha secreta verdaderamente incomparable.

Jóvenes, sin preocupaciones por el porvenir, sin inquietudes del presente, dominando los hombres y las cosas, independientes y fuertes, porque el diner)

es el mayor poder del siglo, haremos lo que nos plazca, sin inclinarnos ante la opinión del mundo, que lo perdona todo á los poderosos y audaces.

Tendrá en mí al ser más adicto y el más seguro, como yo tendré en usted la amiga más encantadora y perfecta.

No rehusé un amor como el que me lleva hacia usted.

Á partir desde este día, Germana, me pertenece, es usted mía.

Mi corazón oye los latidos del suyo.

Todo lo ha comprendido usted esta mañana en una sola mirada. Estoy seguro de ello.

Por mi parte hubiera dado todo cuanto me hubiesen pedido por haber podido prolongar encuentro tan agradable.

Pero no se ha perdido nada; tenemos por delante tiempo, espacio y grandes esperanzas, si el presente se nos escapa.

Medite en lo que la escribo.

Piense en la soledad de su cuartito, en donde esta mensajera la esperará, que el único objeto de mi vida es su amor, el más preciado que hay en el mundo.

Buenas noches, adorada mía.

Duerma tranquilamente, y en sus sueños procure volver á ver á su amigo, que quiere darla toda la felicidad.

FERNANDO».

Estaba firmada con todas sus letras.

El duque había juzgado bien á Germana.

Sabía que podía tener confianza en aquella naturaleza recta y leal.

Sus grandes ojos azules, por donde asomaba un alma tierna y dulce, ignoraban la falsedad.

Quizá ella le rechazaría; pero no le haría traición. El duque no mentía en su carta.

Lo que le había decidido á escribirla había sido el encuentro de Germana por la mañana. Al verla acompañada de Josselin había pensado que se trataba de casamiento ó de una unión más ligera, pero de la cual los preliminares no estaban terminados.

Era preciso interrumpirlos atravesándose en medio de esta intriga naciente.

Rochebonne tenía buen golpe de vista y era pronto en sus decisiones.

Antes de escribir esta carta banal, pero con la cual la inexperiencia de una muchacha joven podía y debía ilusionarse, no estaba seguro de que quería realmente á Germana. Iba á lo más urgente. Lo primero era detener al pretendiente en sus propósitos. Después sería tiempo de reflexionar. De todos modos, la muchacha valía la pena de que se ocupasen de ella. Le había gustado. Su género de hermosura era tan diferente del de las muchachas atrevidas, descaradas, libertinas, que había conocido ó que veía con sus amigos y que, sin embargo, le habían encantado.

Por el momento sentía una agitación febril, una pasión morbosa, como la que le había hecho sentir, algunos años antes, aquella italiana superiormente hermosa, de la que no estaba más que medio desencantado y sobre la cual tenía proyectos realmente diabólicos: estas ideas llevaban una sonrisa de fauno á sus labios; para ciertos planes, Germana no le sería inútil.

Germana, con aquella lectura que le conmoviera hasta el fondo de su ser, experimentó una alegría mezclada de terror.

Le parecía oír una voz que ella conocía, dulce, llena de caricias y juramentos y cuyos acentos la

llegaban al alma, mientras que los de Josselin más apasionados, la dejaban casi indiferente.

A la luz de la lámpara que le alumbraba, su cara pálida se había puesto más blanca todavía.

Inmóvil, con los labios apretados, los ojos húmedos, las facciones contraídas, oprimía entre sus manos aquella carta fatal, que, abriéndole nuevas perspectivas, venía como una tentación á murmurarla al oído ofertas corruptoras, que no había oído hasta entonces.

Esta caricia de la fortuna, adquirida al precio del honor, la deslumbraba y la daba miedo.

¡Ser libre, no depender de nadie, pasear su existencia por un jardín encantado en donde todas las flores están al alcance de las manos, con sus brillantes colores y sus exquisitos perfumes!

¡Y querer! ¡Ser querida por un hombre colocado por su nacimiento por encima de las miserias implacables que torturan á los desgraciados sujetos á la gleba, encorvados sobre el suelo por la mano feroz de la necesidad!

¡Era un sueño resplandeciente!

Pero, en cambio, oía el murmullo de la multitud que volvía la cabeza á su paso.

No se atrevía á levantar los ojos sobre sus camaradas, sus amigos, sus jefes.

La cara bondadosa y paternal del señor Perrolet había tomado un aspecto de severidad, de tristeza más bien. La parecía que estaba allí y que la miraba.

El excelente señor Labievre, el inspector bromista y bondadoso, siempre lleno de indulgencia para las pequeñas debilidades de sus señoritas, sacudiendo la cabeza al acercarse, dirigiéndola una reprimenda silenciosa, solamente por haber

tenido el pensamiento de abandonar una casa en donde tenía una familia tan numerosa, en donde todo el mundo la quería, en donde la cuidaban como una niña mimada, ¡qué diría!

Oía voces burlonas que la gritaban desde un extremo al otro de la galería:

—¿Cómo, *Capricho*, te quieres ir? ¡Tú tan buena, tan honrada, te has vuelto una cualquiera!

También veía á Andrés Josselin, su pretendiente, que la amaba y podía casarse.

Ella no se atrevía á volverse hacia él, ¡tan feroz le parecía en su enojo, tan llena de desprecio era la mirada que le dirigía!

Estas visiones se entrecrocaban en su cerebro enfermo.

Hubiera querido borrar esos tres días últimos de su pasado, pero era imposible.

Habían existido. Los había vivido, y su vida estaba trastornada.

Las dos sonaron en Saint-Roch y todavía estaba sin dormirse, amodorrada en su cama, con la carta entre sus dedos.

Al ruido de las campanadas dejó caer la carta sobre la alfombra, apagó la lámpara y se encontró sumida en la mayor obscuridad.

Pero no se durmió.

Vió pasar ante los ojos de su imaginación su infancia, abandonada en un pueblo de las afueras de París, en Sannois, entre los jardineros, entre aquel movimiento de carretas que van y vienen sin descanso durante la noche, mientras los trabajadores del campo duermen profundamente.

Vió á una cabra al borde del camino, atada, prisionera también, en vez de vagabundear por las laderas floridas, entre las malezas y las hier-

bas aromáticas de las montañas; este animalito la había dado su leche para criarla, y al mismo tiempo oía la voz ronca de la mujer á la cual estaba confiada y que la maltrataba, asombrándose de que fuese tan blanca y delicada, á pesar del aire libre y del sol; se acordaba de los apóstrofes de esta madrastra, no más mala que otras, pero áspera en sumo grado, dura en el trabajo, y la hacía sentir la irregularidad de su nacimiento con palabras de una trivialidad cínica que la doblegaban como si fuesen latigazos.

Llegó un día en que le vistieron un trajecito negro. Había muerto su madre.

Lloró mucho sin saber por qué, pues apenas la conocía. La había visto una ó dos veces, como un pájaro que pasa á nuestro lado, en la primavera, posándose en los cercados, llevado al azar por el vuelo de sus matizadas alas.

Iba en un coche con un señor grave, de más edad que ella.

Apenas se detuvieron para besarla, y se fueron en seguida.

Todavía sentía aquel beso sobre sus mejillas de niña; era el único dulce recuerdo que le quedara.

Más tarde, una criada de unos cincuenta años, una especie de aya, desagradable, había ido á recogerla á casa de su guardiana, y, sin entrar en París, la llevó con su pequeño equipaje de niña á un convento de Boulogne-sur-Mer, de donde no salió hasta los diez y seis años.

Jamás había recibido visita ni carta alguna; nunca había oído hablar de su madre.

Todas sus compañeras tenían una familia; les llevaban dulces; los días de salida iban á casa de

sus padres, y desde por la mañana estaban dando voces de alegría por los pasillos ante la perspectiva de una salida de veinticuatro horas. También había vacaciones, en las que pensaban dos meses antes con delicia y ansia.

Pero para ella no había nada.

Y cuando las niñas le preguntaban:

—¿Tú no tienes padres? ¿Están muy lejos?

Bajaba la cabeza, sus labios se crispaban y se ponía á llorar.

¡Triste historia, siempre la misma y siempre lastimosa la de los niños abandonados!

En fin, á la salida del convento la habían colocado—no había visto más que al ama seca—de aprendiz en casa de unas señoritas viejas, muy respetables, del faubourg de San Germán.

No había perdido el tiempo en el convento de Boulogne.

Hablaba admirablemente el inglés, un poco el alemán. Sus estudios eran completos. Había obtenido un título de institutriz.

Se acordaba todavía de las palabras del inspector á sus colegas:

—¡Pobre muchacha! ¡Un título le hará falta! Además, era tan inteligente como un hada.

Las ancianas maestras en cuya casa entrara, le cobraron afecto muy pronto. Al cabo de dos años tenía fama por su habilidad sin igual.

Hacía un sombrero como nadie; las cintas y las plumas adquirían en sus manos una elegancia incomparable.

Una mañana, un señor de buenos modales, generoso como un príncipe—cuando los príncipes son generosos,—envuelto como un caballero de Van-Dyk en su capa, entró en el obrador de las

viejas modistas, con las que sostenía relaciones amistosas.

Llamaron á Mademoiselle Germana al saloncito, y el señor le dijo:

—¿Qué edad tiene usted, hija mía?

—Diez y nueve años.

—¿Quiere usted entrar en mi casa? Me han hablado tan bien de usted, que me interesa su porvenir. Venga. La constituiré una buena posición, que será digna de usted con el tiempo.

Este personaje, de figura imponente y cortés, era el ilustre Vicente Bouret, el fundador del Bazar de San Germán, el primer almacén del mundo, probablemente.

—Según parece, no tiene usted familia—había añadido con una bondad emocionante.—Allí la tendrá muy numerosa. Trataremos de reemplazar la que ha perdido.

Ella aceptó.

El señor Bouret se la presentó á su amigo Perrolet, al que habló en voz baja, y á las órdenes del cual quedó destinada.

Así había vivido seis años muy dichosa.

Cuando Bouret iba al departamento, le dirigía una mirada paternal, sin decirle nada, acompañada de un movimiento de cabeza amistoso, y pasaba.

Solamente alguna vez la preguntaba con una sola palabra:

—¿Cómo va?

Ella se sonreía y todo quedaba dicho entre los dos.

Veía todo este pasado tan claramente, como si lo hubiese vivido de nuevo.

El patrón cumplió su palabra.

Era segunda, llevaba una vida feliz con su trabajo; pero el mismo patrón ¿no trabajaba? ¿No estaba allí desde la mañana á la noche, á pesar de su inmensa fortuna, dominando con su mirada penetrante aquella colmena dorada llena de abejas laboriosas?

Pero aquella carta le había robado la tranquilidad con la cual era tan feliz.

¿Qué se había hecho de sus años tranquilos? Se resistiese ó no, su vida estaba ya envenenada. Tenía que elegir entre el remordimiento ó el pesar.

Le atacaban por varios lados.

Josselin, con su amor salvaje, le inquietaba; ni veía muy claro la aversión y los reproches del señor Perrolet contra el matrimonio que proyectaba.

¿Qué hacer? ¿Por qué decidirse?

Cansada, oprimida, concluyó por dormirse. Pero apenas cediera al sueño pesado y agitado que sigue á las sacudidas violentas, cuando se despertó sobresaltada.

Era el despertador que comenzaba con su música.

Daban las seis.

Á las ocho tenía que estar en su puesto, so pena de una mala nota, cosa que no había merecido hasta entonces.

Rendida y dolorida saltó de la cama y empezó su *toilette*.